

APORTE PARA UNA DISCUSION METODOLOGICA EN EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE AMERICA LATINA

Puede afirmarse que la renovación de los métodos en el terreno general de los estudios históricos que se ha manifestado desde hace varias décadas, también encuentra algunos ejemplos en el campo de la historia americana. La consideración de esta cuestión nos lleva tanto a exponer la problemática en la que debe basarse un estudio tal, como las grandes líneas sobre las que debe basarse la investigación contemporánea. De allí que se unan dificultades de diversa índole para considerar en su conjunto, en este artículo, los problemas que derivan de este planteo —llamémosle renovador— en la historia americana desde la Conquista. El hecho de tener que optar por ciertos cortes transversales nos obliga a aclarar que tal corte es sólo provisorio y a los efectos didácticos o de exposición.

La forma en que se organiza la conquista, a partir del tipo de organización que encuentra el conquistador al llegar a América, y todo el largo proceso de la colonización están tan estrechamente unidos a todo lo que, aún hoy, es la realidad latinoamericana, que resulta imposible hablar de períodos o sectores perfectamente diferenciados unos de otros.

Surge así con cierta nitidez, lo que podríamos señalar como uno de los problemas básicos de la nueva metodología en los estudios americanos: la visión de conjunto, la visión total del proceso histórico como respondiendo a una unidad, aunque esta unidad sea heterogénea. Existe una continuidad —que perdura a través de los siglos— que hace que se vayan resolviendo

do y planteando problemas en forma alternativa y en la cual no es posible ignorar los aspectos esenciales planteados en cada situación.

Esto lleva, por otra parte, al otro aspecto de la cuestión: los hechos particulares, los acontecimientos particulares de cada momento histórico, en cada región o país, se insertan en una realidad general más amplia que los envuelve, los condiciona y los explica. Por ello consideramos como punto de partida también el de ubicar los hechos particulares en su relación con los hechos generales, ya que el método de conocimiento es abarcar la época general e insertar en ella los hechos particulares.

Faltaría agregar a lo ya expuesto, que consideramos que los hechos humanos —tomado al hombre como hombre social— escapan al saber directo e inmediato y deben ser comprendidos por sus resultados. Las fuentes históricas nos muestran pues, resultados. Es decir, las fuentes históricas que llamaríamos más objetivas, porque hay otro tipo de fuentes que también tienen su importancia y que es la elaboración doctrinaria o ideológica que surge en una época, y que puede manifestarse antes de que la acción histórica les dé otra vigencia que ésa. Sin embargo, y planteado el problema en forma general, podemos decir que este acontecimiento es también producto de una situación histórica, aunque como tal no se manifieste con la fuerza necesaria para cambiar la realidad. Cuanto más consciente es el hombre de su propio rol en la historia y en el dominio del medio natural, más tiene que ver con la realidad el proceso de elaboración teórica.

La relación que podemos establecer entre lo general y lo particular, entre los hechos humanos en sí mismos y sus resultados, nos da el verdadero conocimiento, la verdadera comprensión del acontecer histórico.

Por ejemplo, cuántos problemas surgen a la mente cuando, simplemente, nos planteamos estas preguntas: ¿Qué era el indio encomendado o mitayo? ¿Qué era el esclavo? Y luego: ¿Qué eran aquéllos comparados con el obrero asalariado?

Se puede objetar: ¿Pero es que estamos estudiando el pa-

so del feudalismo al capitalismo en la Europa de hace cuatro siglos o considerando los problemas de la historia americana? Y esta objeción representaría, creemos, una forma clara de mostrar dos actitudes frente a nuestra historia. Por un lado la actitud tradicional alimentada en las fuentes de la reverencia a lo típico y tradicional de cada patria, de cada uno de los cultos a los hechos heroicos que se pueden descubrir fácilmente en cada país, y por el otro, la actitud, que a pesar de los inconvenientes que puede acarrear la calificación, llamaríamos científica.

Es posible que el ejemplo podría ser cambiado con ventajas y encontrar mejores pautas de ejemplificación de las dos actitudes. Pero no se trata del ejemplo ni de un hecho en sí mismo, es simplemente el planteo a un nivel que consideramos claro y didáctico de cómo enfocar un estudio concreto.

Es importante que tengamos en cuenta una verdad que por muy afirmada parece lugar común: una cosa es la historia, otra el conocimiento de la historia. La historia da la respuesta al historiador, según como éste la interrogue. Si al considerar los problemas de la formación de la mano de obra para el trabajo, no se formula el interrogante anteriormente planteado, o si se establece un corte mecánico entre el obrero asalariado y todos sus antecesores, nuestros análisis diferirán en forma notoria. Al mismo tiempo esto sucederá así, si, apartándonos de una concepción que hemos llamado científica, especulamos con conceptos abstractos.

Consideramos en este sentido, altamente ilustrativo el ejemplo que nos brinda la muy conocida posición que asume Gilberto Freyre al analizar la esclavitud en el Brasil. Al margen de sus magníficas descripciones empíricas de las condiciones de existencia y de trabajo del esclavo en el ingenio, y una vez establecidas las situaciones que se crean, producto de la existencia de la casa grande y la senzala, cuando Freyre debe interpretar estos hechos que ha mostrado con gran capacidad, llega a la conclusión de que la esclavitud portuguesa es de carácter paternalista, no en un sentido general sino en un sen-

tido estricto. Menos cruel, más cristiana con el negro esclavo que, por ejemplo, la anglosajona. De allí que afirma que la esclavitud fue útil, que la familia era el centro de toda la actividad en esa sociedad que exaltaba a la mujer, etc. La visión histórica que surge de todo el siglo XIX brasileño está teñida por este concepto básico, ya que la esclavitud sólo fue abolida casi al finalizar el siglo.

Es totalmente correcto que al estudiar la historia brasileña del siglo XIX debemos partir de esa institución social que fue la esclavitud. Pero habría que añadir alguna información histórica, tan objetiva como la descripción empírica que formula Freyre. Por ejemplo, según los datos presentados por Celso Furtado, los Estados Unidos y Brasil tenían al comienzo del siglo XIX la misma cantidad absoluta de esclavos (aproximadamente un millón), y durante el curso del siglo XIX Brasil importó tres veces más esclavos que los Estados Unidos. El resultado nos muestra sin embargo, que hacia fines del siglo, a la inversa de lo que sucede en los Estados Unidos, el coeficiente de mortalidad es en Brasil mayor que el coeficiente de natalidad. ¿Dónde está, pues, el paternalismo de Freyre?

Además ¿es posible analizar el paternalismo supuesto por Freyre, o lo que es lo mismo, las condiciones de existencia del esclavo, sin entrar a considerar la propiedad agraria? En Estados Unidos existen plantaciones, es cierto, pero también se va imponiendo un mercado y una economía capitalistas durante todo el siglo XIX que afecta directamente la relación con el esclavo. No olvidemos la Guerra de Secesión. En Brasil la gran propiedad es precapitalista, semifeudal, la sociedad está dividida en compartimentos que no encajan en una economía de mercado y capitalista. Hacia fin del siglo, Estados Unidos se convierte en país imperialista y exportador de capitales, Brasil es dependiente y supeditado a los intereses de las grandes potencias y, una de ellas es Estados Unidos, precisamente. ¿Qué significado tiene entonces paternalismo al analizar una institución social como la esclavitud?

No pretendemos resolver aquí los problemas que puedan

surgir en la ejemplificación del cambio de actitud metodológica en relación a la historia de América. Nos contentamos solamente con el hecho de que surja claramente la existencia de tal diferencia.

Para el caso de la historia latinoamericana también se plantea la disyuntiva de Historia en el período corto o en el período largo. En cierta manera dicho problema ya está involucrado al hablar de enfoque global, pero quizá sería más adecuado decir que el “enfoque global y en el tiempo largo histórico” es lo único que nos da el marco correcto para el análisis total de la historia latinoamericana. Dentro de este enfoque global y en el tiempo largo histórico, habría que articular cada uno de los problemas que se pueden encontrar en los distintos componentes de la realidad histórica.

Es decir, podemos afirmar que cada momento histórico constituye un sistema. O que en la historia los distintos problemas los podemos definir en relación a los parámetros característicos que hacen que los definamos como participando de determinado sistema histórico. Por ejemplo, digamos, el sistema capitalista consiste en cierto tipo de características que se dan a diversos niveles: económicos, sociales, políticos, etc., que forman las estructuras del sistema. Lo mismo podríamos decir para el sistema feudal o cualquier otro sistema histórico.

De allí podemos establecer estas relaciones: Feudalismo-Capitalismo; América desde el siglo XVI - Europa desde el siglo XVI. ¿Cuántas combinaciones podemos empezar a establecer?

Más aún, ¿cuántas relaciones podemos establecer al nivel de cada una de las estructuras y al nivel del funcionamiento o la articulación de cada una de ellas?

La problemática surge apasionante. ¿Elementos de una historia comparada mundial, relacionada por las pautas que establece el sector del mundo que avanza (o se desarrolla) más aceleradamente? Podría ser. En el caso de América ¿desde cuándo y cómo surgen los problemas comunes? Es evidente que desde la Conquista y la Colonización. Las formas económicas,

las formas sociales, las formas político-institucionales que vamos a ir encontrando en la historia latinoamericana hacen que, interrogando correctamente a las fuentes, podamos articular riquísimos procesos comunes.

La articulación tiene varios sentidos. Retomamos: feudalismo-capitalismo, América-Europa. ¿A qué nivel? La respuesta es: a varios niveles, pero aquí se impone analizar más detenidamente este aspecto.

Volviendo un poco a lo que ya hemos planteado más arriba, se podría hacer una gran división en dos períodos de nuestra Historia. Tres siglos por un lado hasta el proceso de la Independencia, y lo que se denomina en forma amplia historia contemporánea, por el otro. Esta división responde a la forma tradicional en que se divide también el estudio en los programas universitarios. Historia colonial o historia independiente de América Latina también dice aproximadamente lo mismo. El corte es sólo momentáneo y a los efectos del trabajo, pues históricamente no hay cortes por ningún lado. Hay sí, coyunturas en las cuales se articulan a un nivel o con una calidad diferente, problemas presentes en la situación anterior. Los acontecimientos particulares modificando a la realidad, la realidad subyacente modificando a su vez a los hechos particulares de un momento histórico concreto.

Varios motivos, pero dos esencialmente (mejor dominio del tema contemporáneo que del colonial, y las limitaciones propias de un artículo de esta naturaleza), hacen que deliberadamente dejemos de considerar a partir de ahora la historia de América Latina hasta el proceso de la independencia y tratemos de ejemplificar solamente la formulación de la problemática del estudio contemporáneo latinoamericano.

Se trata, entonces, de plantear las relaciones que se pueden concretar al nivel de cada una de las estructuras componentes del sistema y el tipo de funcionamiento o articulación que se dan entre ellas, y unido a esto establecer la aceleración o el retardo en el tiempo histórico de transformación de cada una de ellas.

Si conseguimos hacer esto tendríamos determinado el panorama global, y en tiempo largo, de la historia contemporánea latinoamericana (siglos XIX-XX). Al nivel metodológico ya está planteada la cuestión. Falta ponerse a la tarea. Tarea que, además se ve facilitada por los trabajos de conscientes investigadores que han aportado elementos insustituibles del conocimiento histórico y por buena cantidad de heterodoxos que, a veces con espíritu hipercrítico, han servido para fecundar la problemática con incitaciones intelectuales que hacen a lo que hoy se resume un poco con ese concepto generalizado de que es necesaria la participación de diversas disciplinas para conocer la realidad. Las ciencias sociales deben articularse, se dice, y su colaboración es imprescindible para conocer esa realidad.

El historiador por su parte, reivindica el conocimiento de la realidad. Es su *métier*, su tarea específica. ¿Y las otras ciencias sociales? Soslayemos el problema que derivaría a una discusión ajena al presente trabajo. Reivindicamos sí, que el historiador puede estar en condiciones de conocer y estudiar la estructura social, la estructura económica, lo mismo que —y sin ninguna diferencia— puede estudiar la estructura política institucional. Si la metodología tradicional hacía historia político - institucional, la metodología contemporánea hace historia global. Y así debe ser, tanto en el tiempo corto como en su articulación en el tiempo largo.

De él surge la necesidad de la articulación de los distintos niveles estructurales en el tiempo corto, articulación del tiempo corto en el tiempo largo. ¿Cuál es el punto de partida, o de dónde se debe partir y dónde se debe terminar? El camino debe recorrerse de ida y de vuelta, y hacerlo varias veces si se quiere arribar a resultados positivos, sin el riesgo de las distorsiones, que tanto pueden ser distorsiones propias del tiempo largo, distorsiones de una visión demasiado estrecha, distorsiones mecanicistas de un determinismo estructural, etc.

En relación a la historia contemporánea de América: enfoque totalista que incorpore la articulación de todos sus niveles estructurales: revisión de las historias nacionales para

trazar de allí paralelismos y coincidencias; periodificación que se presenta como tarea ardua, pero que permite en forma no muy rígida ubicar correspondencia de hechos determinantes.

Por supuesto que se debe tener presente que esta historia de América está inscripta en esa historia general que durante los siglos XIX y XX está caracterizada esencialmente por las transformaciones acaecidas en Europa desde la revolución industrial: desarrollo de un capitalismo industrial totalmente evolucionado, división mundial del trabajo, dependencia mundial de grandes sectores geográficos que constituyen el mundo colonial y semicolonial de este período, nuevos problemas planteados en el siglo XX como el de la revolución rusa, las crisis mundiales del sistema capitalista, etc.

Si dentro de esta caracterización global tuviésemos que elegir, creemos que las fechas más representativas para tomar como toques —dentro de las cuales encontrar mejor definidos los problemas comunes— podrían ser: 1810 por la independencia política; 1870 por la dependencia económica y el surgimiento del imperialismo financiero; 1930 por la crisis mundial del sistema dentro del cual se encuentra inserta América Latina.

Y aquí se podría, en esta visión global, decir a su tiempo: Capitalismo-Imperialismo - Crisis del sistema; Europa siglo XIX-América siglo XX. Posiblemente esto se podría reducir a la fórmula simplista que está de moda: Los problemas del desarrollo en América Latina. Pero el esquema no es simple. Es complicado, interrelacionado, interdependiente, es necesario no perder de vista la articulación estructural ni la articulación global, es decir, en resumen, que es necesario no perder de vista la visión histórica.

A comienzos del siglo XIX y a partir del proceso de la Independencia, se plantean con claridad ciertos elementos estructurales de la realidad latinoamericana. Se trataba de dar un paso hacia adelante acelerando el ritmo de desarrollo para pasar de una sociedad precapitalista a una sociedad organizada de acuerdo a las características más sobresalientes de ese sistema. Es el momento coincidente con la revolución indus-

trial europea. En América se plantean en el siglo XIX, los problemas básicos de la organización manufacturera que surgieron en Europa tres siglos antes. La industrialización europea, es decir el paso al sistema fabril de organización de la producción con lo que trae aparejado el aumento de productividad, etc., crea una serie de nuevas relaciones a nivel internacional. Así como no están desligadas de este proceso las invasiones inglesas en el Río de la Plata, tampoco lo están otros acontecimientos en la historia política de latinoamérica.

América Latina era un continente campesino, de trabajo artesanal en el mejor de los casos. Y esto es tan claro que puede plantearse como punto de partida para analizar la sociedad y la economía de la época. Pero, hagamos un alto y proyectémonos a la América Latina actual. Efectivamente, hoy todavía este continente es un continente campesino, considerado globalmente. Más del 60% de la población debe ser catalogada como población campesina, y en relación a la población catalogada como urbana, se podrían introducir discusiones serias en cuanto a la validez de tal concepto para parte de ese 40% restante. Pero lo importante es que en esta América Latina actual, con una estructura económico-social predominantemente campesina, más del 70% de la tierra está concentrada en manos de menos del 6% de los propietarios.

Gran propiedad agraria, latifundio como rasgo general de la estructura de la propiedad rural, pero al mismo tiempo hay que añadir que el grueso de esa población campesina no es propietaria de ninguna parcela de tierra, y al mismo tiempo que el minifundio antieconómico, de mera subsistencia, marginado del mercado, es lo generalizado.

Vemos así el presente aclarando el pasado. El presente como testimonio más rico del propio pasado, nuestro primer documento original, como señala W. Kula. Y nuestro presente histórico latinoamericano es parte del camino de ida y vuelta que mencionamos más arriba.

Pero volvamos a recorrer el camino hacia atrás. Comienzos del siglo XIX. ¿Cómo incide esta situación campesino-agra-

ria en la sociedad en general? La gran propiedad es el factor determinante de la no formación de una clase media rural, de la no formación del asalariado, del mantenimiento del trabajo servil y aún esclavo, de la estrechez o la falta absoluta —según el lugar— de mercado interno, del estrangulamiento de las posibilidades de desarrollo industrial.

Pero aclaremos esto último, desarrollo industrial que en Europa es ya sistema fabril. ¿Qué se plantea en América Latina? Penosísimos esfuerzos para el surgimiento de talleres manufactureros. Y nuevamente ¿problemas comunes, grados de influencia de la situación global europea, en América? Sí, es evidente, pero para marcar una situación de dependencia. La situación que deriva después de la independencia y que evoluciona por razones ajenas a los propios hechos de las historias locales de cada país, es la de una mayor dependencia de los centros europeos. Ya no se llaman más España e imperio colonial, pero la historia latinoamericana sigue siendo un apéndice de la historia europea.

Y esto, lo único que hace es constatar una realidad. Pero, entonces ¿qué es lo que está pasando? Que en la evolución de un sistema precapitalista o semifeudal a uno capitalista, América Latina ha llegado tarde ya a comienzos del siglo XIX, cuando Europa entraba impetuosamente a cumplir las últimas formas de desarrollo del capitalismo moderno. La dependencia se acentuará, pero planteada sobre bases distintas.

No obstante, es necesario resaltar que hubo, no digamos conciencia, pero sí comprensión en algunos momentos de que era necesario acelerar el ritmo de desarrollo en estos países para ponerse a tono con el ritmo de países más avanzados. Pero esto está unido a toda la estructura económico-social. Por ejemplo, y retomando el caso planteado hace un momento, ¿cómo es posible que aun cuando medien las mejores buenas intenciones se pueda dar una transformación profunda y radiar manufacturas, si no se puede tocar la estructura de la gran propiedad, si no existe el asalariado, si no existe el mercado interno capaz de absorber una hipotética producción, si no exis-

ten los capitales para promover ese desarrollo? En suma existe una rigidez de las estructuras económico-sociales que si no las comprendemos y analizamos a fondo, no tiene sentido la anecdótica historia de la minucia de los hechos políticos.

Hemos dicho rigidez de la estructura económico-social. Efectivamente, la dinámica histórica está directamente determinada por la flexibilidad o la rigidez de las estructuras que componen el sistema. Todo lo que se denomina estructura tradicional o precapitalista tiene un alto grado de rigidez ya que la movilidad social y las formas de propiedad se mantienen invariables en el período corto de análisis, pero, analizadas en el período largo histórico también manifiestan mínimas posibilidades de evolución o transformación.

Aquí se insertan ciertos hechos revolucionarios, ciertas explosiones políticas de profundo contenido, y entonces se cuestiona esta rigidez. Se intenta flexibilizar las estructuras tradicionales, se intenta articular las mismas en forma más eficiente. La fluidez o la rigidez de los hechos políticos es parte de esta consideración y análisis.

A fines del siglo XIX se han ido produciendo cambios en los países latinoamericanos, aunque no en todos en forma paralela. Ya dijimos que habría que tomar caso por caso e integrarlos en el análisis general. Pero considerado globalmente y en el tiempo largo hay una modificación de las situaciones que eran características a comienzos de ese siglo. El mundo había cambiado. Ya no se planteaba la revolución industrial, sino la formación de los nuevos imperios, el surgimiento de las formas financieras del capitalismo, el reparto global del mundo en zonas de influencia perfectamente determinadas (lo que no pudo quedar determinado allí se resolverá con la guerra mundial de 1914-18).

Si América Latina por su situación de dependencia en el siglo XIX estaba influenciada por las grandes oscilaciones de los períodos de prosperidad y crisis de Europa, a partir de la crisis de 1873 ya no es posible hablar meramente de influencia, de repercusiones, sino que ahora se debe precisar y se pue-

de hablar de estrecha dependencia. El mundo es cada vez más chico, las distancias se acortan, la interrelación de las partes se acentúa, la ciencia contribuye eficazmente a esto.

Y en América la estructura agraria no ha cambiado, sigue sin existir un desarrollo industrial importante, aunque ahora ya existe la manufactura, y para fin del siglo encontramos focos de industrias nuevas. Estos son casos aislados, especiales, pero existe una industria de la alimentación, del vestido, es decir lo que se llama en general la industria liviana de consumo interno. No obstante persiste el raquitismo del mercado interno, el raquitismo de la clase media, el artesanado sigue predominando frente al obrero. De allí el caudillismo y las formas políticas características de situaciones precapitalistas. Sin embargo, la época de la gran crisis europea es también la época de desarrollo general en estos países.

Este proceso se arrastra lentamente hasta la gran crisis de los años 1929-33. Es ya un lugar común hablar de la aceleración del desarrollo económico que se produce desde ese momento. Las estructuras han ido adquiriendo una mayor plasticidad, se pueden articular mejor y comienzan a manifestarse los resultados de ese medio siglo anterior que fue el de acumulación de factores, que ahora encuentran el terreno apto para manifestarse más ampliamente. Encontramos entonces las manifestaciones políticas y sociales de nuevos sectores importantes —obreros y clase media nueva— el desarrollo acelerado de los centros urbanos, la explosión metropolitana partiendo de ciertos centros industriales, el desarrollo de la industria contra la estructura tradicional, el surgimiento de diversas iniciativas que llevan a establecer la ampliación muy importante de la industria liviana, de consumo, y al mismo tiempo el surgimiento de los primeros intentos de industrias de base que tiende a establecer una relación estructural en beneficio de la misma. Simultáneamente se ha ido formando una nueva clase social, la burguesía diferenciada de los sectores agrarios latifundistas. Esta burguesía va a reivindicar intereses propios y buscará paulatinamente las formas políticas a través de las cua-

les intervenir con su propia personalidad. La clase oligárquica tradicional encuentra su enemigo muchas veces en este nuevo sector, surgido en parte de su seno, y en parte formado en este nuevo proceso urbano-industrial.

Se complica el panorama político, comienzan a producirse intervenciones de masas que ya no son solamente explosiones campesinas como las del siglo XIX. Las luchas plantean claramente fronteras, problemas y programas claros que diferencian a cada sector.

Todo esto se va manifestando en un proceso que no evoluciona en forma rectilínea, sino en medio de las contradicciones de cada situación particular. Nuevamente, en el tiempo corto, analizando el microsuceso histórico, se encuentran los elementos más significativos de la evolución histórica latinoamericana, y casi siempre esos hechos son de orden político. Serían, para nosotros, incomprensibles si no se analizaran al mismo tiempo que en el tiempo corto y local de cada país, en el tiempo largo y dentro del conjunto de la evolución histórica latinoamericana y mundial.

Anteriormente hemos mencionado tres fechas claves, 1810-1870-1930, como puntos nodales de resumen del período del cual son culminación y punto de partida del nuevo período del cual son inicio. De los tres, el proceso del 70 con la aparición del imperialismo (que coincide con la fase de descenso de la segunda onda Kondratieff 1873-1896) es el que marca los elementos metodológicos más importantes.

Depende de la interpretación que se haga de ese período para formular una interpretación no sólo de lo que sigue, sino también del período anterior. Como aquí no se trata de formular una teoría sobre el imperialismo, sino de un aporte para la discusión metodológica, es suficiente con dejar planteado el problema.

Como conclusión podríamos decir que de lo que se trata es de establecer la metodología que permita el estudio comparado de la historia de América Latina. Estudio comparado que permita ligar cada una de las historias nacionales en una cierta

unidad superior latinoamericana. Estudio comparado que permite descubrir en cada caso la plasticidad o rigidez de las estructuras, dando el debido énfasis o la debida valoración a cada una, en cada momento.

Es evidente que el acontecimiento histórico es complejo y responde a una cantidad muy grande de elementos. Si hemos discutido el problema a través de los grandes problemas generales, no significa que descuidemos los otros. En la escala podríamos llegar hasta las explicaciones psicológicas de la actitud del caudillo o del dirigente, cualquiera sea su nivel.

Hasta aquí hemos considerado al hombre como el hombre social, al grupo humano como protagonista de la historia, las clases sociales como formas en que se expresan en cada momento. Pero es bien cierto que dentro del grupo existe el individuo. Nuevamente podríamos aquí volver a plantear la interdependencia entre grupo e individuo.

¿Es indistinto que haya existido un hombre que se llamó San Martín o Bolívar, o que no hubieran existido? No, por supuesto. De la misma manera y planteando un caso más general y discutido: ¿Es indistinto que haya existido o no un Napoleón o un Carlomagno? No. Pero lo que sí no puede ponerse en duda es que con Napoleón o sin él, con Carlomagno o sin él, de todas maneras la transformación que los muestra como pivote se habría producido igualmente, porque el conjunto de las estructuras se articulaba para permitir esta transformación. El feudalismo aparecería más ligado a otro nombre, la proyección de la revolución francesa en Europa parecería ligada a otra personalidad. Por supuesto que habría diferencias, ajustes distintos en los acontecimientos, pero en esencia el proceso histórico se habría producido lo mismo.

La independencia de América se habría producido lo mismo aunque no hubieran existido San Martín y Bolívar, pues los elementos determinantes yacían en las condiciones estructurales locales y mundiales, que determinaban que este proceso se llevara a cabo. Y esto no es mecánico sino altamente dialéctico—altamente dinámico— y con esto no se intenta desmerecer la

historia política y el estudio de cada individuo como instrumento del proceso histórico. Su papel más consciente es decisivo en el tiempo corto. La toma de conciencia de la dinámica del proceso es esencial en el proceso corto. Cuanto más clara es la misma menos rodeos da la Historia. Y la historia latinoamericana contemporánea se ha caracterizado por la cantidad de rodeos que se traducen en deformaciones inútiles, producto de la rigidez de las estructuras y la falta de "toma de conciencia" para el cambio.

Pero cuando la rigidez de las estructuras para el cambio se hace insostenible, cuando se han acumulado los suficientes elementos que hacen necesario e imperativo el cambio, éste llega independientemente de la voluntad de uno u otro individuo. Que el cambio se realice dentro del funcionamiento del sistema en el que esas estructuras funcionan o que se realice con un rompimiento de estructuras es la alternativa que plantea la historia latinoamericana actual. De ahí surgen los elementos comparables de dos procesos que reciben un nombre claro desde que se dio la primera revolución socialista en 1917: desarrollo en el capitalismo y la economía de mercado o desarrollo en el colectivismo y la planificación. Sin entrar a discutir tampoco este problema, lo que nos interesa es dejar planteada la cuestión, que por otra parte afecta al funcionamiento de todas las estructuras en cada sistema.

Y volvamos a aclarar para evitar un mal entendido: el estudio del microacontecimiento político que caracterizó a los estudios tradicionales en el campo histórico latinoamericano, no debe ser relegado, sino que se lo debe integrar, al conjunto de los otros elementos estructurales que hacen a la realidad histórica.

Esta metodología que hemos planteado en forma sucinta abriría así el horizonte del conocimiento, ya que si es exacto que se produce una deformación al analizar todo desde el punto de vista económico, economicista diríamos más bien, igual o peor deformación se produce si al conocimiento histórico se lo pretende proyectar desde el punto de vista del microacon-

tecimiento político. La nueva metodología integra lo positivo de nuestra tradición historiográfica, pero la completa superándola en una nueva comprensión más rica, más integral, del proceso histórico.

Faltaría agregar que aplicada a América Latina son escasos aún los frutos alcanzados. Faltan romper ciertos "tabús" mentales, ciertos esquemas que tienen todo el peso de la tradición. En América Latina esta metodología se presenta revolucionando la rigidez de las estructuras mentales de la gran mayoría de nuestros historiadores, formados en las condiciones objetivas de la realidad latinoamericana ya superada. No solamente el microacontecimiento histórico, sino también el historiador es un producto concreto de una época más general.

ALBERTO J. PLA

Acoyte 76. 3.º, c, Buenos Aires